

Viene de **página 3** / ría desapercibido.

Durante su estancia en Ayod, el *kawai* comprobará como el *commissioner* cumple su palabra. Al día siguiente, convoca en su oficina a varias mujeres mayores para hacer otro visionado de las fotos. De nuevo, nombres y recuerdos. Este vive cerca del mercado. Este murió hace años de un disparo. Nyaluak Garkuoth descubre a su propia hija sonriendo al fotógrafo al que nadie recuerda. «Murió en la hambruna», aclara, señalando su estómago hinchado y sus brazos cubiertos sólo de piel. Chuol Deng, presente en la reunión, se lleva las manos a la cabeza al descubrirse herido en el mismo dispensario en el que atendían a los niños. Para probar que es él, se levanta el pantalón y deja asomar viejas cicatrices.

Será una de las mujeres que repartía la leche de la ONU entre los niños de la zona, Mary Nyaluak, 60 años, la que dé la primera pista sobre la identidad del bebé. «Es un niño. Se llama Kong Nyong, su familia vive en las afueras». Todos se agolpan en torno a la foto que muchos consideraron maldita. Dos mujeres más le dan la razón. «Sí, es el hijo de Nyong», dicen. El *commissioner* se levanta, como un resorte:

— ¿Lo ve? Es un niño. ¡Se lo dije!

Carter disparó fotos a decenas de niños en aquel lugar. No es difícil que confundiera el sexo del bebé en su fotografía inmortal.

— ¿Pero está vivo? —pregunta el extranjero, cada vez más nervioso.

Mary cree que sí pero no lo sabe con certeza, hace años que les perdió la pista porque viven lejos, a varios (cinco) kilómetros. Pero promete convocar una reunión entre el periodista y el cabeza de familia. «Mire, aunque no se le ve la cara, todos en su familia tienen las orejas con esta forma». El extranjero pregunta si está segura: «Usted sólo ve a un niño negro más. Yo veo a un niño al que conocí muy bien».

MARY NOS DA LA NOTICIA

Al día siguiente, cuando el boca a boca ha hecho su trabajo, Mary nos dará la peor de las noticias: «Murió hace cuatro años. Consiguí sobrevivir al hambre, pero enfermó. Hoy vendrá su padre a verle. Le han dicho que hay alguien que le busca por una foto de su hijo».

Mientras tanto, varios camiones de soldados abandonan el pueblo camino del frente, cada vez más próximo, por donde avanzan las tropas de Athor. 15 muertos en la primera aldea, 105 en la siguiente. 225 hoy. Gritan canciones que hablan de venganza. La noche anterior el enemigo estaba a 80 km. Hoy a 30. Las dos ONG de la aldea hablan de evacuación en voz baja. Sí. El Ayod de hoy y el de 1993 se parecen. Facciones del mismo ejército que se matan entre sí, mientras el enemigo del norte se frota las manos y saca la calculadora. Si acaso, la diferencia es que hoy la gente no muere masivamente de hambre.

El padre Antonio da un consejo al *kawai* recién llegado: «Todas las noches los chicos tocan música de tambores en el centro del pueblo. Si esta noche no oyes música, es que la guerra ha llegado hasta aquí». El *kawai* espera que la música siga sonando para que ningún otro Carter tenga que volver a inmortalizar la hambruna provocada por la guerra, la peor arma de destrucción masiva creada por el hombre.

LA FOTO DEL BUITRE Y EL NIÑO NO MATÓ A KEVIN CARTER

La verdad del hombre inestable que sucumbió al éxito. Un amigo: «La droga que tomaba lo hacía más vulnerable». Su propio epitafio: Me persiguen los muertos que retraté

ALBERTO ROJAS

Por qué la camisa del miliciano de Capa luce tan immaculada en el momento de recibir un disparo mortal? ¿Estuvieron alguna vez enamorados el chico y la chica que retrató Robert Doisneau frente al Hotel de Ville de París? ¿Cómo se llama aquel hombre que detuvo el avance de una columna de blindados en Tiananmen? Todos los grandes iconos fotográficos cargan con su ración de mitología. Pero hay otros en los que la mitología ha virado hacia la leyenda negra. ¿Por qué se suicidó Kevin Carter?

La explicación más simple, sobada y que mejor se ajusta a la construcción de una leyenda perfecta es la de la culpa, la duda moral, el profundo cuestionamiento de su ética como fotógrafo profesional y como persona ante el drama humano que retrató en Sudán. Un niño en mitad de la nada, solo y sin ayuda, a merced de un carroñero siniestro que espera su muerte para despedazarlo. Carter publica su foto en el periódico más importante del mundo, gana el gran premio, se hace famoso y se embolsa mucho dinero. La gente le critica por canalla y desalmado. ¿Por qué no hizo nada? Carter se aprovecha de la tragedia del bebé. Carter se arrepiente. Carter se suicida. Fin del cuento.

Sí, no es más que una fábula casi indestructible, pero fábula al fin de al cabo. Judith Matloff, su mejor amiga de aquellos años en la violenta Sudáfrica preMandela, desmiente esa versión tan extendida: «No, la foto del buitre no fue la causa de su suicidio. Kevin ya había intentado suicidarse varias veces antes de haber tomado aquella instantánea. Habitualmente fantaseaba con esa posibilidad porque se trataba de una persona seriamente desequilibrada, muy frágil», y apunta a otra de las razones por las que pudo haberse quitado la vida: «Era

adicto al mandrax o pipa blanca, una droga muy potente. Eso le hacía aún más vulnerable».

Matloff, ex corresponsal de Reuters en Sudáfrica y hoy profesora de periodismo en la Universidad de Columbia, en Nueva

contrató para un trabajo en Ciudad del Cabo, pero llegó tarde y perdió el vuelo. Pocos días después, la revista *Time* le encargó otra sesión en Mozambique, pero se olvidó los carretes en el avión de vuelta... Aquello fue el punto de no retorno para él».

Carter estaba acostumbrado a ver imágenes fuertes. Su trabajo en el *Sunday Times* de Johannesburgo solía consistir en pasar la noche en los barrios negros de Soweto o Thokoza para salir temprano a retratar la brutalidad de los enfrentamientos entre rivales políticos o frente a la policía del Gobierno racista de Pretoria. Había muertos a diario.

Cuando el resto de periodistas llegaba a la zona, él ya iba camino del periódico, con las mejores imágenes del día. Allí conoció a Greg Marinovich, Ken Oosterbroek y Joao Silva, se hicieron amigos y fundaron lo que ellos llamaron el Bang Bang Club. Juntos consiguieron congelar en su obturador la convulsión que vivió el país justo antes de la llegada de Mandela a la presidencia. Greg Marinovich ganó su Pulitzer en el 91 con una fotografía de un linchamiento en plena calle a un miembro del grupo Inkhata, mientras que Carter lo hizo en 1994 con su fotografía del bebé sudanés.

Rob Hadley, amigo de Kevin, trabajaba en 1993 como jefe de prensa para la operación humanitaria Lifeline Sudan. Él fue el que se empeñó en que Carter y

pacio al bebé cuando vio al buitre, enfocó el teleobjetivo de su Leica M3 y tomó varias fotografías seguidas: «Llega un momento en el que ya no sientes nada. Esa es la parte trágica. He cubierto como fotógrafo guerras en Chad, Liberia, Etiopía, Ruanda... Nunca vi nada parecido a lo que sucedía en Ayod, con cientos de muertos a diario por el hambre». Carter volvió de aquel viaje al infierno diciéndole a Rob y al piloto de la avioneta que estaba deseando abrazar a su hija Megan.

LE LLAMARON DEPREDADOR

«Yo recuerdo que las críticas por aquello le afectaron mucho», cuenta Greg Marinovich, «porque atacaron su lado humano». Algunas fueron especialmente hirientes: un gran periódico estadounidense escribió una nota editorial en la que decía: «El hombre que ajusta la lente para tomar la mejor fotografía de su sufrimiento es un depredador, otro buitre en la misma escena». Judith Matloff asegura que «le entristeció que le insultaran por no ayudar al bebé e intentó justificarse con varias versiones de lo sucedido, a veces contradictorias, sobre lo que hizo o dejó de hacer después de tomar la fotografía. Publicamente dijo que la ayudó y espantó al buitre, pero a mí me confesó que no lo hizo. Aún no entiendo por qué no explicó desde el principio que allí había trabajadores de ayuda humanitaria ayudando a aquellas personas».

Megan Carter admite que la fotografía la interpreta al contrario que el resto de la gente: «Yo veo a mi padre como al niño. El resto del mundo es el carroñero que intenta atacarle».

Por si eso no bastara, el 18 de abril de 1994, Carter dejó a sus amigos Oosterbroek, Silva y Marinovich en un suburbio de Johannesburgo y se marchó a conceder una entrevista a un periodista, ya que le acababan de conceder el Pulitzer. En su ausencia, se produjo una refriega y Oosterbroek recibió un disparo mortal de un francotirador y Marinovich resultó gravemente herido mientras buscaba un lugar seguro junto a su colega James Natchwey. Aquella pérdida se unió a sus problemas con su esposa, Julia Lloyd, una hija a la que no veía, unas deudas que aumentaban y una depresión galopante. Después dijo que la bala que alcanzó a Oosterbroek iba destinada a él.

Hundido en esa espiral autodestructiva, decidió quitarse la vida. 480 días después de haber tomado la fotografía, pasados 93 de que le dieran el Pulitzer y 87 de la muerte de su amigo Ken, Kevin Carter, que sólo tenía 33 años, encontró motivos suficientes para robarle a su amiga Judith la manguera con la que regaba su jardín, conducir su vieja furgoneta hasta el parque en el que jugaba de niño, a pocos metros de su casa familiar, y conectarla al tubo de escape. Puso música, escribió una nota de suicidio en la que decía sentirse perseguido por los muertos retratados, incluido también su amigo Ken, y aspiró el monóxido de carbono para terminar con su terrible drama personal.



Carter, sudafricano, sólo sobrevivió 93 días al premio Pulitzer.

SU MEJOR AMIGA: «KEVIN YA HABÍA INTENTADO SUICIDARSE VARIAS VECES CUANDO TOMÓ LA FOTO DEL PULITZER»

York, le ofreció a Kevin vivir con ella a condición de que dejara de drogarse y pidiera ayuda psicológica. Fueron sus dos últimas semanas de vida: «Nada más ganar el Pulitzer la agencia Sygma le

Joao Silva retrataran la hecatombe humana que se vivía en el triángulo del hambre y los llevó en avioneta hasta Ayod. Recuerda perfectamente el momento en el que el fotógrafo se acercó des-